

**MUNDO GLOBAL Y RESPONSABILIDAD CRISTIANA.  
APUNTES TEOLÓGICOS EN EL PENSAMIENTO  
DE R. GUARDINI**

GLOBAL WORLD AND CHRISTIAN RESPONSIBILITY.  
THEOLOGICAL NOTES IN THE THOUGHT OF R. GUARDINI

**José Manuel Fidalgo<sup>1</sup>**

Universidad de Navarra. Pamplona-España

**Resumen**

El fenómeno actual de la globalización, entendido como la conciencia viva de que los distintos elementos que conforman la existencia humana están conectados entre sí, no es ajeno al pensamiento cristiano. Por el contrario, es la fe cristiana, tal como apunta Romano Guardini, la fuente inspiradora de dicho fenómeno y el lugar adecuado para su crecimiento auténtico. La globalización es, por tanto, una cuestión teológica *a se*, puesto que es Cristo quien introduce en la mirada humana sobre el mundo la perspectiva universal que sólo Dios puede dar. La perspectiva humana se hace universal y global, más allá de cualquier particularismo, cuando se aprende a mirar las cosas del mundo desde la perspectiva divina. Sólo participando de la mirada de Dios, que se manifiesta en Cristo, el hombre se libera de su propia clausura y puede pensar la existencia como globalidad y hacerse responsable de ella.

**Palabras clave:** Globalización, antropología cristiana, Guardini, Creación, responsabilidad cristiana.

**Abstract**

The current phenomenon of globalization, understood as the living awareness of the different elements of human existence are interconnected, is no stranger to Christian thinking. On the contrary, is the Christian faith as noted by Romano Guardini, the inspiration for this phenomenon and the right place for authentic growth. Globalization is therefore a theological question is, since it is Christ who enters the human gaze

<sup>1</sup> Doctor en teología. Profesor adjunto de teología dogmática en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra. Correo: [jmfidalgo@unav.es](mailto:jmfidalgo@unav.es)

upon the world the universal perspective that only God can give. The human perspective is universal and global, beyond all particularism, when you learn to see things in the world from God's perspective. Just participating in the eyes of God, manifested in Christ, man is freed from its own enclosure and can be thought of as global existence and take responsibility for it.

**Keywords:** Globalization, Christian anthropology, Guardini, Creation, Christian responsibility.

Este trabajo se enmarca en un objetivo de largo alcance: realizar un análisis de las implicaciones teológicas que lleva consigo el fenómeno de la globalización que estamos viviendo en la cultura actual. Podríamos enunciarlo de otra manera: sacar a la luz el diálogo implícito y profundo que existe entre el cristianismo y la visión de un mundo globalizado que está aflorando con fuerza en el momento actual de la cultura. En este contexto de interés teológico se mueve este estudio. Y en función de este objetivo, el trabajo se estructura en dos partes netamente diferenciadas y, a nuestro juicio, necesarias. Una primera parte se detiene en justificar (casi podríamos decir "reivindicar") el tema de la globalización como tema teológico. Este punto es necesario tratarlo porque no parece a primera vista que el proceso de globalización tenga relación con la cuestión de Dios. Y sin embargo, tiene mucho que ver. En la segunda parte, el estudio se centra en la aportación, pensamos que interesante e inspiradora, de Romano Guardini sobre esta cuestión. Podría parecer, también bajo una primera mirada superficial, que un teólogo fallecido en 1968 y que, por lo tanto, no pudo asistir *de visu* al fenómeno cultural de la actualidad, no tiene ningún interés especial. Sin embargo, en la obra de este pensador aparece una extraordinaria intuición y anticipación del fenómeno y unos apuntes teológicos de notable interés sobre la relación del mismo con el pensamiento cristiano. Intentaremos justificar estas afirmaciones a lo largo de las páginas de este texto.

## 1. La globalización como cuestión teológica

Nos planteamos aquí la siguiente cuestión teológica: ¿tiene el cristiano por el hecho de serlo una responsabilidad especial (especialmente intensa, podríamos decir) sobre la marcha del mundo y de la sociedad en su conjunto?

Sin duda, el término *mundo* tiene significados teológicos diversos que aquí no podemos analizar en detalle<sup>2</sup>. La cuestión planteada aquí quiere asumir una visión del mundo entendido como *totalidad* y *globalidad*. De este modo la pregunta inicial adquiere unos matices peculiares en el contexto actual del fenómeno de lo que se ha venido a llamar “globalización”, fenómeno que parece imponerse hoy en día con inusual fuerza y rapidez.

Aunque el concepto de globalización requeriría una definición más precisa, aquí aceptamos como válida su significación habitual que se podría describir como una cierta conciencia de que los aspectos diversos que componen la realidad del mundo que habitamos, tanto sus elementos físicos, biológicos..., como aquellos humanos, sociales, culturales, políticos, económicos, etc., están fuertemente interconectados. Digámoslo de otro modo: la globalización es la conciencia de que el mundo es “cosa de todos” y de que nadie puede ir “por su cuenta”. La sensibilidad ecológica, la generalización de la información en tiempo real, la crisis económica actual, etc. ponen de manifiesto la presencia de esta conciencia de un mundo realmente globalizado.

La cuestión es: ¿el cristiano tiene una responsabilidad especial en un mundo globalizado?, ¿tiene la fe cristiana algo que decir respecto al fenómeno de la globalización?, ¿hay algún tipo de conexión peculiar entre la fe cristiana y la globalización actual?

Pudiera parecer a primera vista que la globalización no sea un tema principalmente teológico, sino más bien un problema técnico que exige un tratamiento eminentemente técnico, a saber, una cuestión del desarrollo de las tecnologías de la información y de la comunicación, su dinámica, sus implicaciones y consecuencias. Es cierto que numerosas voces en la actualidad pregonan la necesidad de una cierta fundamentación ética (unas reglas) de esta nueva realidad global emergente. Se insiste sobre todo en su dimensión económica del problema, puesto que resultan patentes las implicaciones económicas de la globalización: la actuación particular de un ciudadano, de una empresa, de un estado... puede influir –e influye de hecho– en todo el planeta y en toda la humanidad. Esta percepción refuer-

<sup>2</sup> Es interesante para el significado teológico del término “mundo” la lectura de R. GUARDINI, *Mundo y persona. Ensayos para una teoría cristiana del hombre*, Encuentro, Madrid 2000, 11-89.

za la exigencia cada vez más reclamada de unas bases éticas de la actividad económica en un mundo global.

No parece, sin embargo, que en este contexto intelectual la fe cristiana, o mejor, la cuestión de Dios tenga nada que aportar. ¿No está de acuerdo la cultura laicista imperante en occidente en este momento en que el cristiano se interesa más por lo espiritual que por lo material; más por lo privado-interior que por lo público-exterior; más por el cielo futuro que por el mundo presente? Algunas voces llegan a afirmar incluso que el progreso técnico ha surgido precisamente en la medida en que el hombre, dejando a Dios de lado, ha creído en sí mismo, en sus propias fuerzas y se ha considerado como un ser plenamente autónomo y creador. Dios y la religión son en definitiva –afirman– el gran obstáculo para el avance del hombre.

Por el contrario, aparece con claridad en pasajes de la Sagrada Escritura, de la Tradición y del Magisterio, la responsabilidad que el cristiano tiene ante el mundo y que es aplicable, de un modo peculiar, al contexto de un mundo globalizado. Vamos a indicar aquí a continuación, sin ánimo de ser exhaustivos, algunos de estos puntos doctrinales.

1. Son una referencia exigida para este tema en la Sagrada Escritura, algunos textos del primer capítulo del Génesis: “Al principio Dios creó el cielo y la tierra” (Gn 1, 1). “Y Dios creó al hombre a su imagen; lo creó a imagen de Dios, los creó varón y mujer. Y los bendijo, diciéndoles: «Sed fecundos, multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; dominad a los peces del mar, a las aves del cielo y a todos los vivientes que se mueven sobre la tierra». (Gn 1, 27-28). “Dios miró todo lo que había hecho, y vio que era muy bueno” (Gn 1, 31). Sin duda, la verdad de la Creación supone para el cristiano una llamada a contemplar y a actuar en este mundo con una especial responsabilidad. Este mundo es de Dios, ha sido creado por Dios y lo ha puesto a disposición del hombre (criatura particularmente querida por Dios que ha sido creada a su imagen) que ejercerá un especial señorío sobre la obra divina.

Resulta de especial fuerza el comentario sobre este punto que aparece en el CEC, n.299 en el que se subraya al hablar del mundo creado por Dios, su carácter de herencia destinada y confiada al hombre: “Porque Dios crea con sabiduría, la creación está ordenada: “Tú todo lo dispusiste con medida, número y peso” (Sb 11,20). Creada en y por el Verbo eterno, “imagen

del Dios invisible” (Col 1,15), la creación está destinada, dirigida al hombre, imagen de Dios (cf. Gn 1,26), llamado a una relación personal con Dios. Nuestra inteligencia, participando en la luz del Entendimiento divino, puede entender lo que Dios nos dice por su creación (cf. Sal 19,2-5), ciertamente no sin gran esfuerzo y en un espíritu de humildad y de respeto ante el Creador y su obra (cf. Jb 42,3). Salida de la bondad divina, la creación participa en esa bondad (“Y vio Dios que era bueno [...] muy bueno”: Gn 1,4.10.12.18.21.31). Porque la creación es querida por Dios como un don dirigido al hombre, como una herencia que le es destinada y confiada. La Iglesia ha debido, en repetidas ocasiones, defender la bondad de la creación, comprendida la del mundo material<sup>3</sup>.

El mismo Jesucristo que pidió al Padre por los discípulos, no para sacarlos del mundo sino para enviarlos, protegidos del Maligno, a una misión en el mundo (cfr. Jn 17, 14-18) les dice: “Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa ¿con qué se salará? No vale más que para tirarla fuera y que la pisotee la gente. Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad situada en lo alto de un monte; ni se enciende una luz para ponerla debajo de un celemín, sino sobre un candelero para que alumbré a todos los de la casa. Alumbré así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos” (Mt 5, 13-16). De este modo, para los cristianos de todos los tiempos, el Apóstol les recuerda: “ya sea el mundo, la vida o la muerte; ya sea lo presente o lo futuro; todas las cosas son vuestras, vosotros sois de Cristo, y Cristo de Dios” (1 Co 3, 22-23).

2. Algunos textos conciliares del Vaticano II dan especial relevancia a la responsabilidad que tienen los cristianos en el mundo y previenen con fuerza contra la tentación de desvincular la fe de la vida y los deberes temporales<sup>4</sup>. El Concilio advierte a los cristianos del escándalo e incluso del

<sup>3</sup> Cf. SAN LEÓN MAGNO, c. *Quam laudabiliter*, DS, 286; Concilio de Braga I, *ibidem.*, 455-463; Concilio de Letrán IV, *ibidem.*, 800; Concilio de Florencia, *ibidem.*, 1333; Concilio Vaticano I: *ibidem.*, 3002.

<sup>4</sup> “El Concilio exhorta a los cristianos, ciudadanos de la ciudad temporal y de la ciudad eterna, a cumplir con fidelidad sus deberes temporales, guiados siempre por el espíritu evangélico. Se equivocan los cristianos que, pretextando que no tenemos aquí ciudad permanente, pues buscamos la futura, consideran que pueden descuidar las tareas tempo-

riesgo para la propia salvación de la pretensión, por otro lado completamente artificial, de vivir la fe al margen de sus obligaciones y de sus tareas específicas en el mundo en el que vive. Frente a esto, *Gaudium et spes* aboga por la elaboración de una genuina síntesis vital de fe y vida en el mundo<sup>5</sup>.

El Concilio Vaticano II acoge con alegría la conciencia, que se va extendiendo cada vez más en la cultura contemporánea, de la responsabilidad que tenemos todos los seres humanos ante un mundo que se presenta cada día más unificado. “En todo el mundo crece más y más el sentido de la autonomía y al mismo tiempo de la responsabilidad, lo cual tiene enorme importancia para la madurez espiritual y moral del género humano”<sup>6</sup> De hecho los padres conciliares se atreven a hablar de “un nuevo humanismo”<sup>7</sup>. La responsabilidad por el mundo adquiere en el cristiano un sentido de caridad. En efecto, la caridad de Cristo es la que impulsa a servir a todos los hombres con generosidad y eficacia<sup>8</sup>. De este servicio a la humanidad, el cristiano no se puede desentender, puesto que es una tarea encargada por el Padre y a la que todo cristiano ha de responder ante Aquél que juzgará a todos en el último día<sup>9</sup>.

---

rales”, sin darse cuenta que la propia fe es un motivo que les obliga al más perfecto cumplimiento de todas ellas según la vocación personal de cada uno. Pero no es menos grave el error de quienes, por el contrario, piensan que pueden entregarse totalmente del todo a la vida religiosa, pensando que ésta se reduce meramente a ciertos actos de culto y al cumplimiento de determinadas obligaciones morales. El divorcio entre la fe y la vida diaria de muchos debe ser considerado como uno de los más graves errores de nuestra época.” *Gaudium et Spes*, 43.

<sup>5</sup> “Ya en el Antiguo Testamento los profetas reprendían con vehemencia semejante escándalo. Y en el Nuevo Testamento sobre todo, Jesucristo personalmente conminaba graves penas contra él. No se creen, por consiguiente, oposiciones artificiales entre las ocupaciones profesionales y sociales, por una parte, y la vida religiosa por otra. El cristiano que falta a sus obligaciones temporales, falta a sus deberes con el prójimo; falta, sobre todo, a sus obligaciones para con Dios y pone en peligro su eterna salvación. Siguiendo el ejemplo de Cristo, quien ejerció el artesanado, alégrense los cristianos de poder ejercer todas sus actividades temporales haciendo una síntesis vital del esfuerzo humano, familiar, profesional, científico o técnico, con los valores religiosos, bajo cuya altísima jerarquía todo coopera a la gloria de Dios.” *Ibidem* 43.

<sup>6</sup> *Ibidem*, 55.

<sup>7</sup> *Ibidem*, 6.

<sup>8</sup> Cf. *Ibidem*, 93.

<sup>9</sup> Cf. *Ibidem*, 93. El texto completo: Los cristianos recordando la palabra del Señor: En esto conocerán todos que sois mis discípulos, en el amor mutuo que os tengáis (Jn 13, 35), no pueden tener otro anhelo mayor que el de servir con creciente generosidad y con suma eficacia a los hombres de hoy. Por consiguiente, con la fiel adhesión al Evangelio y con el

*Lumen gentium*, al hablar de esta responsabilidad cristiana sobre el mundo, subraya la acción de los laicos como el lugar eclesial (puesto que los laicos forman parte de la Iglesia) propio de esa responsabilidad. Son los laicos, con el carácter secular que les es propio y peculiar, los que, vocacionalmente (llamados específicamente por Dios), se hacen cargo del mundo según los planes de Dios. Señalamos, por su relevancia, los textos más significativos: “El carácter secular es propio y peculiar de los laicos. [...]. A los laicos corresponde, por propia vocación, tratar de obtener el reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios. Viven en el siglo, es decir, en todos y cada uno de los deberes y ocupaciones del mundo, y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, con las que su existencia está como entretrejida. Allí están llamados por Dios, para que, desempeñando su propia profesión guiados por el espíritu evangélico, contribuyan a la santificación del mundo como desde dentro, a modo de fermento. Y así hagan manifiesto a Cristo ante los demás, primordialmente mediante el testimonio de su vida, por la irradiación de la fe, la esperanza y la caridad. Por tanto, de manera singular, a ellos corresponde iluminar y ordenar las realidades temporales a las que están estrechamente vinculados, de tal modo que sin cesar se realicen y progresen conforme a Cristo y sean para la gloria del Creador y del Redentor”<sup>10</sup>.

Juan Pablo II en *Christifideles laici* n.15 por su parte, especifica aún más en qué consiste esa índole secular del laico y su relación con el mundo, de modo que “el ser y el actuar en el mundo son para los fieles laicos no sólo una realidad antropológica y sociológica, sino también, y específicamente, una realidad teológica y eclesial”<sup>11</sup>. Se insiste por ello en el concepto

---

uso de las energías propias de éste, unidos a todos los que aman y practican la justicia, han tomado sobre sí una tarea ingente que han de cumplir en la tierra, y de la cual deberán responder ante Aquel que juzgará a todos en el último día. No todos los que dicen: “¡Señor, Señor!” entrarán en el reino de los cielos, sino aquellos que hacen la voluntad del Padre y ponen manos a la obra. Quiere el Padre que reconozcamos y amemos efectivamente a Cristo, nuestro hermano, en todos los hombres, con la palabra y con las obras, dando así testimonio de la Verdad, y que comuniquemos con los demás el misterio del amor del Padre celestial. Por esta vía, en todo el mundo los hombres se sentirán despertados a una viva esperanza, que es don del Espíritu Santo, para que, por fin, llegada la hora, sean recibidos en la paz y en la suma bienaventuranza en la patria que brillará con la gloria del Señor.”

<sup>10</sup> *Lumen Gentium*, 31.

<sup>11</sup> *Christifideles laici*, 17.

de vocación. En efecto, esta vocación propia de los laicos, nace de la dinámica del mismo Bautismo que, lejos de separarles de las actividades del mundo en las que están insertos, por el contrario, les impulsa a considerar esas actividades como “ocasión de unión con Dios y de cumplimiento de su voluntad, así como también de servicio a los hombres”. La vocación del laico (vocación a la santidad, como para todo cristiano, pero en el mundo como lugar propio) le llama a una responsabilidad también específica por las realidades temporales<sup>12</sup>.

3. Benedicto XVI se detiene en su encíclica *Caritas in Veritate* a reflexionar sobre esta responsabilidad (humana y específicamente cristiana) en el contexto de la globalización. Lejos de aceptar actitudes fatalistas, de lamentaciones estériles, el Pontífice reclama la atención sobre una actitud positiva y activa, que ve detrás de este proceso de “integración planetaria”, no sólo una cuestión de determinismo económico, sino una oportunidad y un reto para promover la utilidad y el desarrollo de las personas y de los pueblos, entendidos bajo la óptica de “la unidad de la familia humana”, “una orientación cultural personalista y comunitaria, abierta a la trascendencia”<sup>13</sup>.

Por eso, insiste el Pontífice, la globalización es una llamada a la tarea cristiana, una llamada a la responsabilidad del cristiano por la realidad que le rodea: “Debemos ser sus protagonistas, no las víctimas, procediendo razonablemente, guiados por la caridad y la verdad. Oponerse ciegamente a la globalización sería una actitud errónea, preconcebida, que acabaría por ignorar un proceso que tiene también aspectos positivos, con el riesgo de perder una gran ocasión para aprovechar las múltiples oportunidades de desarrollo que ofrece”<sup>14</sup>. Incluso se llega a afirmar que la verdadera globa-

<sup>12</sup> *Ibíd.*, 17: “Los fieles laicos han de considerar la vocación a la santidad, antes que como una obligación exigente e irrenunciable, como un signo luminoso del infinito amor del Padre que les ha regenerado a su vida de santidad. Tal vocación, por tanto, una componente esencial e inseparable de la nueva vida bautismal, y, en consecuencia, un elemento constitutivo de su dignidad. Al mismo tiempo, la vocación a la santidad está ligada íntimamente a la misión y a la responsabilidad confiadas a los fieles laicos en la Iglesia y en el mundo.”

<sup>13</sup> *Caritas in Veritate*, 42.

<sup>14</sup> *Ibíd.*, 42.



lización –que por su propia naturaleza es un fenómeno multidimensional y polivalente– exige la misma dimensión teológica<sup>15</sup>. Precisamente porque nada que sea verdaderamente humano excluye a Dios, antes bien, lo exige, la verdadera globalización reclama la presencia de Dios en el mismo desarrollo del hombre y en el cuidado y la responsabilidad por la naturaleza. “La Iglesia tiene una responsabilidad por la creación”<sup>16</sup>. No hay verdadero desarrollo sin la presencia de la dimensión teológica tanto en las personas como en la esfera pública y, específicamente –recuerda el Papa– en la esfera política<sup>17</sup>. Sin Dios, no hay verdadero desarrollo. Y no sólo porque el hombre, sin Dios, queda desorientado y sin el sentido último de su vida, “no sabe adonde ir ni tampoco logra entender quién es”<sup>18</sup>. Más aún: sin el elemento religioso, la entera humanidad se ve deteriorada en todas sus dimensiones: cultural, económica, social, política... La exclusión de Dios impide la verdadera globalización como desarrollo humano: el encuentro y la colaboración entre las personas para el progreso de todos. “El amor de Dios nos invita a salir de lo que es limitado y no definitivo, nos da valor para trabajar y seguir en busca del bien de todos”<sup>19</sup>. De ahí que lo que necesita verdaderamente el mundo y el desarrollo sea un humanismo cristiano, abierto a Dios y generoso con los demás en la búsqueda del bien común. “El desarrollo necesita cristianos con los brazos levantados hacia Dios”<sup>20</sup>.

## **2. Apuntes teológicos en el pensamiento de R. Guardini sobre la responsabilidad cristiana en un mundo global**

En la obra del teólogo ítalo-germano se pueden apreciar apuntes teológicos de gran interés para captar en profundidad la responsabilidad cristiana por el mundo, y el alcance e implicaciones que lleva consigo la fe cristiana respecto al fenómeno actual de la globalización. Tratamos a continuación de presentar sistemáticamente estas ideas de modo que puedan servir como

<sup>15</sup> *Ibídem*, 42.

<sup>16</sup> *Ibídem*, 51.

<sup>17</sup> *Ibídem*, 56.

<sup>18</sup> *Ibídem*, 78.

<sup>19</sup> *Ibídem*, 78.

<sup>20</sup> *Ibídem*, 79.

líneas de trabajo para posteriores desarrollos. Como es bien conocido, Guardini no es un pensador sistemático<sup>21</sup>, de modo que, acá y allá en sus obras, aparecen referencias dispersas que, en los siguientes párrafos, intentamos sintetizar y analizar.

Las afirmaciones de Guardini se mueven en dentro de su diagnóstico sobre la modernidad. Para nuestro autor lo que ha caracterizado la época moderna (cuya raíz la encontramos en el siglo XIV) es el abandono de Dios, la secularización.

La secularización es, paradójicamente, un fenómeno profundamente cristiano. No sólo porque nace de hecho en el seno de una cultura marcada por la presencia intensa del elemento cristiano, sino porque nace con el impulso mismo de la misma fe cristiana. En efecto, sólo una concepción cristiana del mundo, que concibe a éste como creatura de Dios, buena e inteligible, posibilita la ciencia. La ciencia queda avalada por el mismo Dios que no aplasta nunca lo natural sino que lo deja ser como lo creó. Dios que vio el mundo creado y vio que era muy bueno, deja siempre al mundo ser como es y al hombre actuar por sí mismo. Hay una legítima autonomía de las realidades naturales que es una tesis de raíces profundamente cristianas.

Pero en la grandeza también está el riesgo. Guardini mantiene que la modernidad ha recorrido en gran parte un camino equivocado a partir de una decisión equivocada, a saber, la pretensión de una autonomía absoluta. El autonomismo moderno ha derivado con el paso del tiempo en un rechazo, cada vez más explícito, de Dios y de la fe, a los que se ven como intrusos que ponen en peligro la propia autonomía humana. La autonomía que nace de la confianza en Dios, se vuelve contra Dios mismo. Las consecuencias de este abandono de Dios las estamos viviendo en la cultura contemporánea<sup>22</sup>.

<sup>21</sup> Se puede encontrar una exposición sistemática del pensamiento de R. Guardini en: J. M. FIDALGO, *Conocer al hombre desde Dios. La centralidad de Cristo en la Antropología de Romano Guardini*, Eunsa, Pamplona 2010.

<sup>22</sup> Para todo este tema, cf. R. GUARDINI, *Das Ende der Neuzeit. Ein Versuch zur Orientierung*, M. Grunewald-Schoningh, Mainz-Paderborn 1986. (Edición en original en Hess, Basel 1950). (*El ocaso de la Edad Moderna*, Guadarrama, Madrid 1958.). Hay una edición española más reciente: *El fin de la modernidad / Quien sabe de Dios conoce al hombre*, PPC, Madrid 1996. La publicación de esta obra fue ocasión de un intenso debate intelectual. Cf. H. B. GERL- FALKOVITZ, *Romano Guardini. La vita e l'opera*, Morcelliana, Brescia 1988, 396-397.

Pues bien, en este marco conceptual, una de las tesis que se aprecia en las obras de Guardini es la siguiente: hay un paralelismo entre el fenómeno de la secularización y el nuevo fenómeno de la globalización (que el mismo autor entrevió y analizó agudamente). Al igual que la secularización, la globalización es un fenómeno de inspiración profundamente cristiana, y tiene —al igual que aquélla— su potencialidad y su riesgo. Más aún, así como la secularización bien entendida se inspira y se mantiene por el influjo de la fe cristiana, del mismo modo la genuina globalización nace y se desarrolla por el elemento cristiano presente en la cultura.

Vamos a analizar las ideas guardinianas que soportan esta afirmación. Se podrían resumir en tres:

1. *El mundo creado como tarea y responsabilidad.*

Guardini reflexiona sobre el relato de la Creación. La responsabilidad del hombre por el mundo viene dada, en última instancia, como respuesta a la confianza de Dios que se manifiesta en el acto creador.

Dios ha creado un mundo maravilloso a disposición del hombre<sup>23</sup>. El mundo creado por Dios para el hombre, tal como se relata en el Génesis, tiene el carácter de un acto personal de confianza de Dios en el hombre. Dios ha confiado al hombre una existencia, un mundo<sup>24</sup>.

La confianza de Dios adquiere toda su grandeza y su sentido en la creación del ser humano, que está constituido “a imagen y semejanza” de Dios. “Dios confía al hombre lo que el Génesis llama la semejanza con Dios: el hecho de poder conocer, tener libertad, actuar y ejercer dominio”<sup>25</sup>.

Dios confía al hombre, en definitiva, el hecho de ser persona: un ser que sabe de sí y de la totalidad; que no actúa de acuerdo a los instintos, sino que valora, elige y decide como dueño de sí mismo; alguien que no sólo experimenta influjos y responde a ellos, sino que actúa y crea desde la libertad<sup>26</sup>.

Un ser que no se configura desde las fuerzas naturales, sino desde una llamada personal. La forma personal de ser del hombre es la de “ser llama-

<sup>23</sup> Realmente el mundo creado es el mundo humano, porque hablar de un mundo físico sin su referencia esencial al hombre no deja de ser una abstracción sólo metodológicamente válida.

<sup>24</sup> Cf. R. GUARDINI, *La existencia del cristiano*, BAC, Madrid 1997, 102-103.

<sup>25</sup> *Ibíd.*, 199.

<sup>26</sup> Cf. *Ibíd.*, 199.

do” por Dios. Toda su existencia se escapa esencialmente (sin anularlo) a los parámetros meramente naturales y a la inmediatez del mundo físico, para configurarse en la relación directa y personal con Dios. En esto radica la dignidad del hombre, su poder de transformar el mundo, su responsabilidad y también su riesgo<sup>27</sup>.

La confianza que Dios otorga al hombre en su semejanza personal, se manifiesta en el don y el honor de compartir con Dios mismo su propia tarea. “Al hacerle el honor de asemejarse a Él, el Creador le confía el honor de su propia obra, la creación, y precisamente por ello, el suyo propio, el honor del Creador”<sup>28</sup>.

Dios pone al hombre en el mundo con el encargo de cultivarlo y conservarlo, dominar sobre todas las cosas; crecer, multiplicarse y llenar la tierra (Cfr. Gn 1-2). Este acto de confianza se convierte así en el deber esencial que tiene el ser humano en el mundo. El hombre, con su vida, su acción y su trabajo, debe realizar en el mundo la propia acción de Dios. Es decir, el hombre debe ser señor del mundo. Una soberanía regalada, un señorío sobre algo que no es suyo. Dominar el mundo de Dios es un acto esencial, de obediencia y humildad.

El mundo pasa a ser de este modo responsabilidad del hombre. Desde luego, no se trata de la responsabilidad absoluta, que en cierto sentido sólo pertenece a Dios y que el hombre de ninguna manera puede asumir<sup>29</sup>. La responsabilidad no es la respuesta ante el propio yo, eso sería un engaño. La responsabilidad, en definitiva, sólo se da ante Dios<sup>30</sup>. El hombre responde a Dios del don recibido, del mundo, que no es naturaleza autónoma, sino obra realizada.

“El mundo no es algo que crece espontáneamente, sino que es «obra»; no es tierra de nadie sino «propiedad» de Dios, sometida a su derecho y

<sup>27</sup> Cf. *ibídem*, 114.

<sup>28</sup> *Ibídem*, 199.

<sup>29</sup> Cuando se abandona a Dios, el hombre ha de cargar con una responsabilidad sobre el mundo y la historia que resulta, por falsa, absolutamente insoportable. Desde esta perspectiva, se entiende que una cultura autonomista que pretenda sacar a Dios de su pensamiento y dejar al hombre sólo con sus propias decisiones, tenga que oscilar necesariamente entre un pesimismo extremo y un indiferentismo relativista autodefensivo.

<sup>30</sup> Cf., R. GUARDINI, *La existencia del cristiano*, o.c., 43.

llena de sus intenciones. No es, por ello, objeto de libre ocupación y disposición, sino que alberga en sí un sentido divino”<sup>31</sup>.

## 2. *La culpa cristiana por el abandono del mundo*

Guardini insiste en que esta tarea humana esencial queda recogida en la vida cristiana de un modo pleno. El cristiano asume plenamente la responsabilidad por el mundo creado por Dios y donado al hombre. Durante largo tiempo –sostiene el autor– se ha descuidado esta responsabilidad del cristiano por el mundo. No es fácil analizar las causas de este descuido de siglos en el seno del cristianismo. El autor apunta a las tendencias espiritualistas gnósticas presentes en el seno del cristianismo desde los primeros siglos, como uno de los posibles factores importantes.

Resulta poco conocido este punto del pensamiento teológico guardiniano. Guardini pone en guardia contra el peligro del espiritualismo<sup>32</sup>. Ya desde sus orígenes, las formas de espiritualismo han sido un riesgo constante para la fe cristiana. Frente a los errores gnósticos y espiritualistas que pretenden una visión del cristianismo como vivencia religiosa-espiritual, San Juan reaccionó apuntalando dos pilares de la fe: La Palabra se hizo carne y Jesús ha resucitado<sup>33</sup>.

El espiritualismo no es sólo un problema antiguo. Es interesante a este respecto, la afirmación de Guardini sobre la presencia hoy del peligro espiritualista gnóstico, de igual manera que ocurrió en los comienzos de la era cristiana: “Alguien podría objetar. «Y a nosotros, ¿qué nos importa el espiritualismo de los gnósticos?» ¡Mucho, muchísimo! Toda la Edad Moderna está llena de la falsa ilusión de lo puramente espiritual. El pensamiento moderno ha intentado obstinadamente suprimir la idea de resurrección, considerándola como puramente ilusoria. Y de esa misma manera, ha querido entender la naturaleza divina de Jesús como pura vivencia religiosa, y la figura del Resucitado como una creación de la religiosidad comunitaria, lo cual ha llevado a distinguir entre el Cristo de la fe, y el Jesús de la reali-

<sup>31</sup> *Ibíd.*, 200.

<sup>32</sup> El espiritualismo viene a ser una forma de abstraccionismo, donde se absolutiza el elemento espiritual. El espiritualismo es, en cierto sentido, la antítesis del realismo cristiano.

<sup>33</sup> R. GUARDINI, *El Señor*, Cristiandad, Madrid 2005, 512-514.

dad histórica. Y todo eso, tanto desde la perspectiva histórica como desde la psicológica, equivale exactamente a lo que, con lenguaje mítico, afirmaban en la época de las religiones gnósticas”<sup>34</sup>.

No se puede tener una actitud negativa y defensiva respecto al mundo y a las cosas del mundo. La actitud genuinamente cristiana no se reduce a un mero “protegerse del pecado” o “cumplir con el propio deber particular” dejando de lado la responsabilidad por la marcha de la historia y del uso de las cosas materiales, como si fuera algo ajeno a los intereses espirituales de la fe cristiana. Guardini atribuye al cristiano una culpa al cristiano porque “ha dejado el mundo abandonado a sí mismo, es decir, a la incredulidad y a su voluntad de poder”<sup>35</sup>. La deriva autonomista de la ciencia y del pensamiento moderno no se entiende del todo sin esa “culpa cristiana”. Lo apunta el mismo autor en un momento dado en forma de pregunta sugerente: “¿se hubiera dado esta declaración violenta, en el fondo desesperada, de autonomía por parte del mundo si hubiera sido debidamente asumida a tiempo por la conciencia creyente?”<sup>36</sup>.

### 3. *El cristiano es el gran protagonista de la globalización*

Puesto que Dios ha creado el mundo y lo ama “en serio”, el cristiano está llamado a sintonizar con esa intención original de la Creación. Guardini expresa su esperanza en la recuperación futura de esa actitud cristiana esencial que dé respuesta debida al valor del mundo y conteste acertadamente al autonomismo naturalista de la modernidad: “Hasta el presente el *ethos* cristiano ha reconocido «en» el mundo tareas positivas y negativas; pero no ve con claridad –o, al menos, con suficiente claridad– que el mundo, en cuanto tal, le fue confiado como tarea, está bajo su responsabilidad [...]. El hombre no debe concebir la responsabilidad moral como el mero tener que evitar el pecado, sino como el preocuparse de que el mundo marche mejor”<sup>37</sup>.

Esa responsabilidad moral por la marcha del mundo supone también una visión de conjunto, no particularista. El particularismo no es propio de la mirada cristiana. El particularismo es, en perspectiva ética, el egoísmo.

<sup>34</sup> *Ibíd*em, 513.

<sup>35</sup> R. GUARDINI, *La existencia del cristiano*, o.c., 484.

<sup>36</sup> *Ibíd*em, 232-233.

<sup>37</sup> *Ibíd*em, 486.

Dios mira al mundo con amor, ama a todos y busca el bien para todos. En Cristo reside la plenitud del conocimiento; sólo Él conoce la realidad tal y como es, el diseño original, sólo Él es capaz de mirar el mundo tal y como es. En este sentido, la pureza de su mirada, su independencia soberana es para el conocimiento humano un punto de referencia absoluto para poder alcanzar la verdad. Nosotros no podemos liberarnos así de nuestros particularismos e intereses, no somos capaces de mirar la realidad como Cristo la mira, con ojos puros<sup>38</sup>. Por eso la fe, como incorporación a la mirada de Cristo, es redención para nuestro conocimiento, en nuestro camino hacia la verdad. Es un cambio radical en nuestra vida y en nuestro modo de mirar las cosas en el que Cristo nos introduce: un nuevo punto de partida: “Fe es, por tanto, un acontecimiento, una instrucción, una transformación en la que los ojos se renuevan, los pensamientos se orientan de otro modo, los criterios que rigen son otros”<sup>39</sup>.

En definitiva, es Cristo —y, por tanto, la fe cristiana— quien nos enseña a mirar al mundo al margen de nuestro propio punto de vista particular e interesado, tantas veces egoísta y despreocupado por el bien de los demás. La mirada de la fe impulsa una auténtica generosidad y universalidad en la mirada sobre el mundo. Es la fe cristiana la más capacitada para crear auténtica universalidad. En ella, la perspectiva particular cede y se abre, a través de Cristo, a una perspectiva en la que cabe el mundo entero y todos los demás. La mirada cristiana es la verdadera globalización.

La responsabilidad por el mundo se ha de traducir en una responsabilidad global, porque de hecho todos los problemas están interconectados. Esto se debe reflejar en unos modos de hacer política y de dirigir con una actitud abierta, amplia, solidaria. En este sentido el autor valora positivamente el proceso de globalización que el atisba en la cultura del momento y que es una oportunidad para el desarrollo de la fe. A la larga se comprobará, viene a decir nuestro autor, que sólo la fe cristiana tiene una manera

<sup>38</sup> R. GUARDINI, *El Señor*, o.c., 318-325. Muchas páginas de este libro tienen esta idea de fondo. Manifestar cómo Cristo no ve las cosas con nuestros parámetros humanos. Por ejemplo: la justicia. Cuando el hombre pide justicia, esto está deformado por sus pecados e intereses particulares. Sólo Cristo, desde su mirada pura divina, pone de manifiesto la justicia tal y como es de verdad.

<sup>39</sup> *Ibidem*, 360.

de ver el mundo verdaderamente global y está capacitada para mantener esa mirada<sup>40</sup>.

En las últimas páginas del libro *El ocaso de la Edad Moderna*, Guardini hace una previsión de lo que a su juicio tiene que ser la marcha de la sociedad y de la cultura después de experimentar el fracaso de una modernidad que ha pretendido configurar una existencia humana sin Dios.

El autor insiste en varias ocasiones en la necesidad de que el cristiano recupere su conciencia de responsabilidad sobre el mundo. Porque, en definitiva, sólo el cristiano está capacitado para mirar al mundo en su globalidad. Sólo Cristo libera de la mirada egoísta. En esta línea aparece en repetidas ocasiones, la idea de que tiene que surgir en esa cultura postmoderna una verdadero “arte espiritual de gobernar”<sup>41</sup>.

Guardini también señala que esta responsabilidad por el mundo configura lo específico de la vocación del laico en el seno de la Iglesia. En este sentido, con el despertar de la responsabilidad por el mundo debe crecer paralelamente, la toma de conciencia cristiana del laicado. “En relación con este problema [la responsabilidad que el hombre tiene del mundo ante Dios] se encuentra el fenómeno igualmente moderno del laico. La esencia de éste no puede determinarse –como se hace a menudo– de una manera negativa, diciendo que es aquel que no tiene *ordo*. En verdad, el laico es la forma primera y fundamental del creyente (...) La responsabilidad por el mundo es su cometido cristiano”<sup>42</sup>.

En conclusión, la fe cristiana no es sólo la fuente de inspiración cultural de dónde surge la conciencia global y la consiguiente responsabilidad sobre el mundo, sino el único terreno válido para su crecimiento real.

## Bibliografía

FIDALGO, J. M., *Conocer al hombre desde Dios. La centralidad de Cristo en la Antropología de Romano Guardini*, Eunsa, Pamplona 2010.

<sup>40</sup> Cf. R. GUARDINI, *La existencia del cristiano*, o.c., 487-488.

<sup>41</sup> R. GUARDINI, *El ocaso de la Edad Moderna*, o.c., 121-122.

<sup>42</sup> R. GUARDINI, *Mundo y persona*, o.c., 30-31.



GERL-FALKOVITZ, H. B., *Romano Guardini, la vita e l'opera*, Morcelliana, Brescia 1988.

GUARDINI, R., *El ocaso de la Edad Moderna*, Guadarrama, Madrid 1958.

GUARDINI, R., *El Señor*, Cristiandad, Madrid 2005.

GUARDINI, R., *La existencia del cristiano*, BAC, Madrid 1997.

GUARDINI, R., *Mundo y persona. Ensayos para una teoría cristiana del hombre*, Encuentro, Madrid 2000.

Artículo recibido el 5 de diciembre de 2011

Artículo aceptado el 16 de enero de 2012